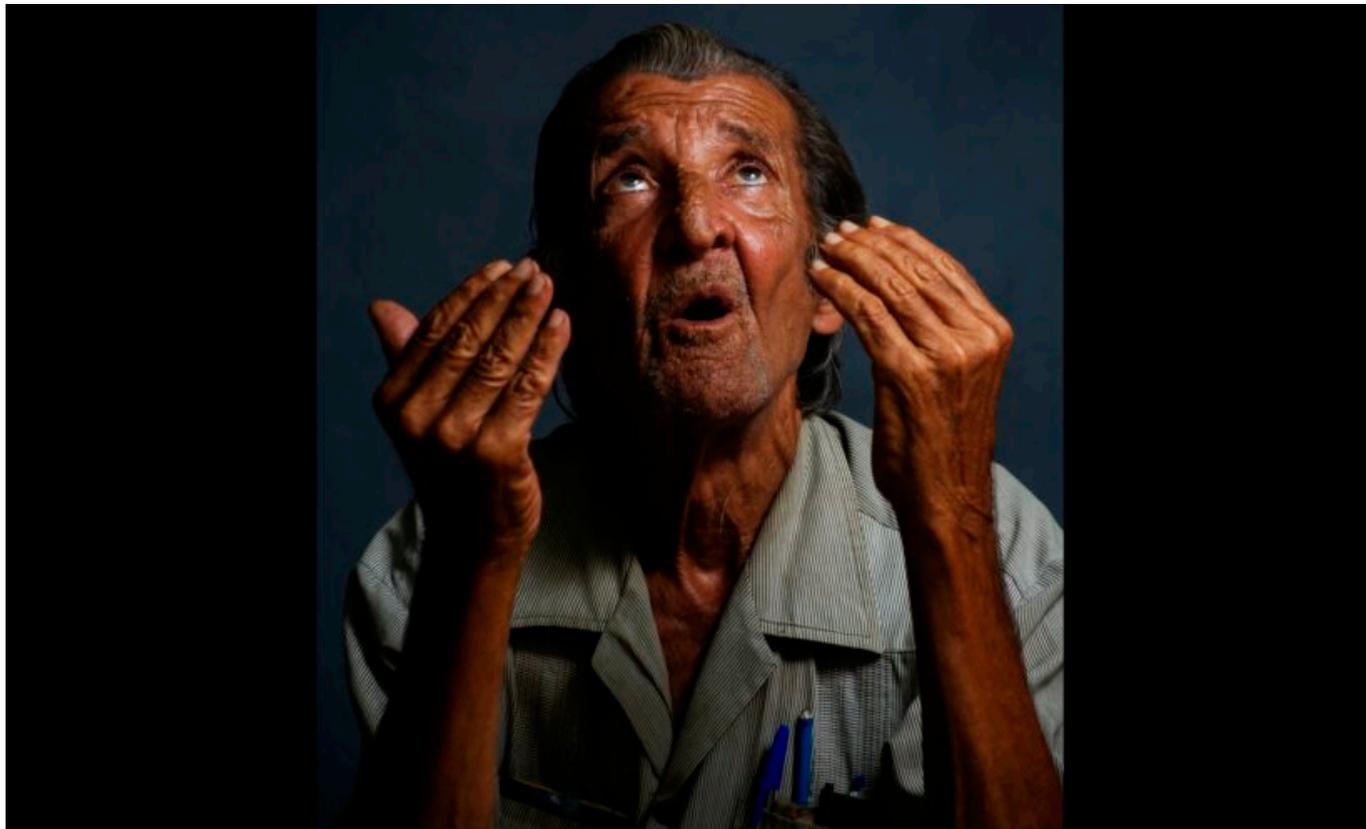


[Guillermo Carmona Rodríguez](#)



Comprendo. Foto: Julio César García (tomada en 2018)

Ha muerto Comprendo. Su nombre real era Armando, pero ese quedó atrás cuando se convirtió en un espíritu de la ciudad, en un personaje de las esquinas y los contenes, con su guayabera y su pelo cano. En paz descansas y donde estés que sigas componiendo canciones. Quizás donde estés logres saber si al final te comprendieron o no.

Desde Periódico Girón compartimos esta entrevista que se le realizara hace unos años.

Esa tarde de lunes me rifé una cobertura sorpresa: la inauguración de la muestra fotográfica *El reino de este mundo*. Antes que abrieran las puertas de la galería entrevisté a Julio Cesar García, el artista. Este me comentó que sus obras mostraban a ancianos que no se resignaban al sillón de su casa, sino que aún buscaban vida, aunque la vida ya no les sobrara, en la calle: vendedores de pan, recogedores de latas, meroliqueros.

De pronto Julio me pide un receso y saluda a un recién llegado, alto,

desgarbado y con el pelo cano peinado hacia atrás, a lo Hollywood de los cincuenta. Vestía guayabera y pantalón de tela carmelita, reminiscencias de un dandi o tal vez una elegancia desgastada.

- Comprendo,- que nombre más raro pensé- no se vaya que esto va a empezar dentro de poco.- le dice el fotógrafo y el señor asiente.

Unos diez minutos después comenzó la inauguración. Luego de unas palabras de bienvenida y agradecimiento para el público, la presentadora le pidió al señor de la guayabera, uno de los modelos de la exposición, que interpretara *Comprendo o no comprendo*, y explicó que del título de esa canción provenía su apodo, un apodo que mucho tiempo atrás desplazó el nombre en su inscripción de nacimiento, Armando Aguiar Fre.

¿Por qué la vida no me complace con cariño verdadero, puro y sincero?, cantó con voz temblorosa.

Dentro de la galería contemplaba su foto en la pared. En esta le enseñaba al lente una partitura. *Vale la pena luchar*, se leía en la parte superior de la hoja. Esta frase contrastaba la expresión de su rostro sereno, donde las arrugas parecían corcheas, una melodía triste y vital. Por curiosidad o tal vez por empatía, me atreví a entrevistarlo.

- ¿Cómo llega la música a usted?

- Toda persona escribe algún poema que viene de la misma vida. Yo aprendí música cuando era muchacho. Siempre me gustaron mucho los pentagramas y las buenas canciones del mundo; no lo que existe hoy, esos reguetones. No los aprecio, porque no hay buena letra ni melodía. De todas maneras ese género es para la juventud, yo tengo el mío,- sonrío pillo- el de las personas de la tercera edad.

- ¿Comprendo o no comprendo? ¿Cuál es la historia detrás del tema y del apodo?

- Ese es un bolero que yo hice para la Orquesta de Variedades que tocaba en los cabarets de Varadero y pegó cantidad y todas las noches lo ponían en los bailables. Entonces, vinieron un día y me dijeron si no me ponía bravo porque me dijeran Comprendo.

- ¿Cuántas canciones tiene escritas hasta ahora?

- Veinte y pico o treinta y un carnet para cobrar derechos de autor.

- ¿Y de estas cuántas se conservan?

- Tres en Radio 26

- ¿Actualmente qué hace?

- Aún compongo canciones. Mira esa fue la última, *Vale la pena luchar*-comenta, mientras señala a la fotografía atrás suyo.- Yo tengo 74 años y vivo en un cuartico cerca del parque de La Libertad. El gobierno me pasa una ayuda por causa social. Cultura ya no me contrata, pero de vez en cuando toco en las iglesias, en la Bautista y en Las Carmelitas mayormente.

- ¿Imagino que una persona como usted debe tener muchos amigos?

- Lo fundamental. Tengo la música que me ayuda cuando me veo solo, y en ese momento me viene a la mente una inspiración y cojo un papel y un lápiz.

Era mi última pregunta; sin embargo, antes de darle la mano para despedirme, él me suelta en ráfaga.

- Me siento bien, feliz. ¿Sabes? Tengo muchas amistades que me adoran. Sinceramente, todo se lo debo a la música ¿qué sería yo sin ella?- unos segundos de silencio, duda, quizás, porque no se concibe a sí mismo sin una guitarra, sin una canción atorada en el pecho- un hombre más-concluye.

Una semana después encontré a Armando en las cercanías del periódico, seguro que su cuartico quedaría por ahí, aunque desde el momento que lo entrevisté me lo tropiezo en cualquier parte, otra leyenda citadina de carne, guayabera y hueso. Sentado en el quicio de una cafetería observaba a la gente secarse las frentes sudadas con las manos, a los perros hurgar en las jabas de basura, las marcas de los neumáticos en el asfalto y de pronto me pregunté si su inspiración no vendría de ahí.

- ¿Maestro, quiere un café?- le ofrecí. Comprendo solo se encogió de hombros.

Le alcancé la taza que recibió con sus dedos finos y nerviosos, como las baquetas de un tambor. Me enseñó un peso para pagar.

- No gracias, yo invito. Le debo una crónica.- dije. Creo que no me oyó.

Espero que este texto le llegue y con suerte le provoque una canción, una por la que valga la pena luchar.